

(Texto para traducción simultánea, en español para Hispanoamérica)

Castelgandolfo, 8 de abril de 1989

Chiara en el Congreso "Familia y Sociedad: dos realidades con sus raíces en Dios para el hoy del hombre":

La familia y la oración

Nuestro congreso, como saben -pienso que se ha repetido varias veces- lleva por título: "Familia y Sociedad: dos realidades con sus raíces en Dios para el hoy del hombre".

Con sus raíces en Dios. En este momento de la Jornada nos detendremos en la relación que la familia tiene o tendría que tener con Dios, por tanto se trata de un pequeño tema, especial. Pero ya que la relación con Dios podemos definirla con una palabra: oración, hablaremos de la familia y la oración. Me parece que es un tema importante, arduo y decisivo para que la familia pueda desempeñar eficazmente también hoy su propia función. Por tanto haremos una reflexión esta mañana.

Pero para afrontar en profundidad este tema no estará de más - dado los tiempos que corren - que empecemos considerando, por un momento, la situación de la familia; tampoco será inútil reflexionar sobre el significado que normalmente tiene la oración en la vida del hombre. Por consiguiente, hablo también para los últimos que han llegado y a los que saludo cordialmente.

La familia. Hoy se ha desencadenado con creciente intensidad un ataque frontal contra la familia. La familia se encuentra amenazada, e incluso destruida, por la decadencia de los valores morales tradicionales, por el materialismo teórico y práctico, por una mentalidad hedonista favorecida por el consumismo, tanto que muchos hombres se ven obligados a preguntarse: ¿Qué sentido tiene la familia? ¿Cuál es su importancia?

Sociólogos, educadores, políticos, moralistas podrían dar su opinión. Pero creo que a nosotros, cristianos, nos interesa sobre todo tratar de comprender qué piensa Dios de la familia, el lugar que Él le da. Y para ello bastan pocas consideraciones.

Cuando Dios creó el género humano, modeló una familia; cuando el Verbo de Dios vino a la Tierra, quiso nacer en una familia; cuando Jesús inició su vida pública, estaba en una fiesta por una nueva familia.

Dios amó tanto a la familia, la consideró una realidad tan importante que imprimió en ella su propia huella: de hecho, ella refleja la misma vida de Dios, la vida de la Santísima Trinidad. Y esto, me parece, es ya suficiente para explicar qué es la familia para Dios.

Pero, Dios, ¿cómo concibió a la familia?

Dios, que es Amor, la ideó como un entramado, un engranaje de amor: amor nupcial entre los esposos, amor materno, paterno hacia los hijos, filial hacia los padres. Amor de los abuelos por los nietos, de los nietos por los abuelos, por los tíos y viceversa. La familia es pues un tesoro, una joya, un misterio de amor.

Fue así como Dios la pensó, la creó. Y su Hijo, redimiendo al mundo, sublimó todo este amor natural, del que están impregnados todos los miembros de la familia, con el amor divino que Él trajo a la Tierra, con el fuego que quiere que arda por todas partes. Por eso, la familia ha llegado a ser, además de la célula básica de la Humanidad creada por Dios, la célula básica de la Iglesia fundada por su Hijo.

Gracias al amor sobrenatural que le otorga el Bautismo y los otros sacramentos, especialmente el matrimonio, los componentes de la familia están llamados en efecto, personalmente y juntos, a la sublime y vertiginosa tarea de edificarla como pequeña iglesia, como "ecclesiola"

Ahora algunas palabras sobre la oración en general.

¿Qué es la oración? ¿Es importante rezar? Tal vez parezca increíble o nunca nos lo hemos planteado, pero la oración es algo esencial del hombre, es parte de su ser. Porque el hombre fue creado a imagen de Dios. Y esto quiere decir que tiene la posibilidad de estar frente a Dios, ciertamente, como una criatura ante su creador, pero también como el "tú" de Dios; es capaz de entablar una relación con Dios, de estar en comunión con Él. Y esta posibilidad es tan típica del hombre que lo constituye como tal, expresando claramente quién es el hombre. El hombre no se realiza a sí mismo si deja de lado ésta que es su vocación específica. Pero acrecentar su relación con Dios, estar en comunión con Él quiere decir: rezar. Por eso el hombre es plenamente como Dios lo ha pensado y creado sólo si reza.

Para entender que la vocación del hombre a la oración es fundamental, basta observar a los miembros de las diferentes religiones. Instintivamente todos se dirigen a Dios o a un ser superior. Conociendo mejor a nuestros hermanos de otros credos, descubrimos ciertas oraciones de maravillosa belleza. Ellos dan testimonio de la acción secreta, pero eficaz, de Dios, que estimula al hombre a rezar.

Y sin ir muy lejos, vemos que también en nuestros días, aun en nuestro mundo

descristianizado, que no pone en el centro de su vida a Dios sino al hombre (o la ciencia, la técnica, el progreso), existe una revalorización, el deseo, la sed de oración sobre todo en los jóvenes: signo de que en cualquier época aflora en el hombre su verdadera naturaleza: ser imagen de Dios.

Pero la oración ¿es sólo una cuestión personal?

La oración es fundamentalmente un hecho personal, pero sobre todo para nosotros, cristianos, sería un error considerarla únicamente así. Nosotros estamos unidos, los unos a los otros, en el cuerpo Místico de Cristo. Éste es un misterio que se puede intuir pensando en las vasos comunicantes. Cuando se introduce más agua en uno de ellos, el líquido alcanza el mismo nivel en todos. Lo mismo sucede cuando uno reza. Rezar es elevar el alma a Dios y cuando se eleva uno, se elevan también los demás.

Por ello, la oración cristiana, aun siendo una cuestión personal, es también una realidad comunitaria, eclesial.

Y esto vale en todos los casos pero sobre todo en las distintas expresiones de la oración litúrgica, vértice de la oración cristiana, porque es específica de la Iglesia.

He mencionado algunas ideas sobre la familia y otras sobre la oración para comprenderlas mejor. Veamos ahora la oración en familia, la oración de la familia.

¿Existe relación entre la familia y la oración? ¿Tiene algo que ver la familia con la oración?

Ciertamente sí.

Y antes que nada porque la oración nace en la familia. Tiene que nacer en la familia. La familia es la primera escuela de oración. Los hijos, desde pequeños, tienen que aprender a captar la noción de Dios y a venerarlo. En efecto, todo lo que se aprende en la familia, incluso en este campo, sirve para toda la vida. Si no se enseña a rezar la en familia, más tarde difícilmente podrá colmarse esa laguna. Sabemos que es esencial lo que aprenden los niños con respecto a la vida sobrenatural, divina, los primeros tres años de vida. Por eso es necesario ocuparse, sobre todo en los primeros mil días de vida y después hasta los seis años. Por tanto, la evangelización del futuro del hombre depende, en gran parte, de la "Iglesia doméstica": la familia.

Pero los padres ¿cómo pueden desempeñar eficazmente su tarea de maestros de oración?

Para que los niños aprendan a rezar a Dios, es necesario antes que nada, que les sea

revelada esta realidad, que descubran su existencia. Tienen que saber que Él existe.

Y los padres tienen un medio maravilloso para ofrecer a sus hijos esta comprensión: dar testimonio de Dios.

"Que todos sean uno - en el amor y en la verdad -, dice Jesús en el Evangelio, para que el mundo crea" (Cf. Jn.17, 21). Los cristianos deben amarse mutuamente para irradiar a los demás la luz de la fe.

Si el mundo de los adultos, muchas veces incrédulo, anquilosado por el materialismo, por el secularismo y otros males, puede ser tocado por la unidad en Cristo, de nosotros los cristianos, como comprobamos día tras día, tocado por nuestro amor recíproco, hasta alcanzar la fe, con más razón el pequeño mundo inocente de nuestros niños no será indiferente a este testimonio. Gracias a él comenzarán a percibir que existe Alguien que abraza a todos con su amor y espontáneamente, con confianza, dirigirán a Él su mente y el propio corazón.

Por lo tanto, sólo padres y madres que viven siempre la mutua y continua caridad, que sublima, refuerza, consolida el amor natural, podrán seguramente entrar en el corazón de sus hijos, dejando huellas que los futuros acontecimientos de la vida no lograrán borrar.

Pero es necesario saber orientar este amor recíproco para que corresponda perfectamente a lo que Jesús manda. Él quiere que el esposo vea y ame en la esposa no sólo a aquella con la que comparte su vida, sino que en ella lo ame a Él, a Cristo mismo. En efecto, considera hecho a sí mismo lo que le hace a ella y viceversa.

Jesús en la esposa y Jesús en el marido tienen que amarse con la medida que Jesús pide y que expresó con estas palabras: "Ámense como yo les he amado" (Jn. 13, 34). Es decir, ámense hasta estar dispuestos a dar la vida el uno por el otro.

Si durante todo el día, los padres tienen presente esto, ya sea cuando rezan o trabajan o se reúnen para comer, cuando descansan o estudian, o ríen o juegan con sus hijos... todos los momentos serán oportunos para dar testimonio de Dios.

No sólo, sino que por este testimonio que exige sacrificio, - el amor es eso: sacrificio, dolor -, ellos, los padres serán por dos razones un punto de referencia para sus hijos. Jesús dice: "Y yo cuando sea levantado sobre la Tierra, (vale también para los cristianos) atraeré a todos hacia mí" (Cf. Jn. 12, 32); los padres serán modelos que los niños imitarán con todo su ser.

Por eso, si los padres rezan juntos, asumiendo alguna actitud externa, arrodillarse,

persignarse, decir oraciones, los pequeños, poco a poco, los imitarán. También ellos tratarán de arrodillarse, esbozarán un signo, también balbucearán algo, tal vez sin comprender nada, empujados únicamente por el ejemplo. Después llegará el momento de enseñarles a rezar con las palabras. Y las oraciones breves que el niño aprenderá serán el comienzo de su diálogo con Dios. Después, con el pasar de los años, aprenderá otras.

Los padres tienen que sentir profundamente esta tarea. Es necesario recordar la invitación angustiada de Pablo VI a los padres: "Madres, ¿enseñan a sus niños las oraciones cristianas? (...) Y ustedes, padres, ¿saben rezar con sus hijos, con toda la comunidad doméstica, al menos de vez en cuando? El ejemplo de ustedes, -dice el Papa-, respaldado por alguna oración en común, vale una lección de vida, vale como un acto de culto de mérito singular". (1º Discurso a la Audiencia general 11.08.'76, Enseñanzas de Pablo VI, XIV - 1976, p. 640).

Así es como nace y florece y llega a ser una hermosa costumbre rezar en familia.

La oración en familia. Es una oración especial, no es como cualquier otra oración personal. Goza de una eficacia excepcional.

De hecho Jesús promete, a los que rezan juntos, unidos en su nombre, su presencia: "Porque donde hay dos o tres -Él afirma- reunidos en mi nombre, yo estoy presente en medio de ellos" (Mt. 18, 20).

Él está allí rezando en la familia, con la familia; Jesús mismo, el Todopoderoso.

Y si Él está allí, ¿cómo podrá el Padre desoírlo? Así la familia experimentará inmediatamente la intervención de la providencia de Dios y la fe se fortalecerá y con ella se valorizará la oración.

Jesús, enseñando a rezar, dijo dos cosas que parecen contradictorias, pero no lo son.

Afirmó: "Cuando oren, no hablen mucho,..." (Cf. Mt. 6, 7) y después: "Es necesario orar incesantemente" (Cf. Lc. 21, 36).

Es necesario que cada familia siga estas dos indicaciones.

Decir pocas palabras. ¿Cuándo?

Muchos son los momentos durante el día que reclaman una oración familiar. Y son varias las oraciones que la piedad cristiana ha enseñado y enseña para cada circunstancia.

No podemos enumerarlas todas.

Tal vez sea mucho más útil decir lo que cada una tiene de fundamental.

Por la mañana, al despertar - sumergiéndonos en el mundo sobrenatural en el cual

estamos insertados por el Bautismo -, con breves oraciones al Padre celestial, a Jesús, a María..., sería bueno ofrecer a Dios nuestra jornada.

A Dios hay que amarlo; y amar significa dar. Por lo tanto, ofrezcámosle todas las mañanas el nuevo día.

Después, durante la jornada, absortos y concentrados en las cuestiones y asuntos de este mundo (trabajo, estudio, diversión, deporte), será indispensable que la familia cristiana reunida, o sus miembros individualmente, sea capaz de apartarse del mundo exterior y dedique algunos minutos, como diría san Pablo, a "buscar los bienes del Cielo" (Col. 3, 1) es decir, para reflexionar y penetrar en el mundo de nuestra fe. En fin, dedicar un momento a la meditación, como se suele decir, o, como dicen nuestros jóvenes: a ir en profundidad. Y leer, tal vez, un trozo de la Sagrada Escritura, sobre todo el Evangelio. Y detenernos a reflexionar uno u otro punto que mayormente nos ha impactado y sacar un propósito útil para aplicar en nuestra vida.

El punto fundamental de esta oración es tomar contacto seriamente con Dios, del cual somos hijos, para recibir fuerza y luz.

Tiempo atrás se decía también el rosario en familia. Y se comprende, gracias a él podemos repasar, día tras día, los misterios de nuestra fe. Diciéndolo alabamos muchas veces a María, "Dios te salve María, llena eres de gracia... bendita tú eres entre todas las mujeres...". Y quien la ama, lo hace con gusto, porque quien ama no se cansa nunca de decirle a la persona amada palabras de amor.

También hoy la Iglesia aconseja recitar el rosario. Pero si esto fuera demasiado, ¿no podríamos recitar al menos una parte?

Durante esta oración es fundamental tratar de fomentar la relación con Aquella que en los planes de Dios es camino, es la puerta que nos une a Dios, esperanza, también porque es madre de familia, de toda familia cristiana.

Y por la noche, antes de ir a dormir, una breve oración. Algo parecido a la mañana, agradeciendo la jornada vivida, con un acto de arrepentimiento por los errores cometidos y el propósito de mejorar al día siguiente.

Estas son algunas de las oraciones que se hacen en familia durante nuestra jornada, dejando a quien puede otras iniciativas, como ir a visitar a Jesús en la iglesia, siempre demasiado solo...

Y cuando surge una necesidad urgente, la familia tiene a su disposición muchas

posibilidades para reunirse e invocar la ayuda de Dios: por el éxito de un examen, por ejemplo, por un nacimiento, por una persona enferma de la familia, por una cuestión económica, para que se resuelva una crisis espiritual...

Jesús ha dicho: "Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá" (Mt. 7, 7). Y, si lo ha dicho, es así.

Después está el punto culminante de todas las oraciones, la santa Misa, el domingo, en el día del Señor, cuando la familia, pequeña iglesia, se sumerge en la asamblea cristiana que se reúne y escucha la Palabra de Dios, participa compartiendo el pan y el cáliz de Cristo y prolonga la comunión Eucarística en la comunión fraterna.

Gracias a la Misa los miembros de la familia pueden sentir la plenitud en sus corazones, pueden experimentar paz en abundancia.

De hecho, siempre quisiéramos poder ofrecer a Dios algo adecuado a su grandeza, digno de Él. Pero muchas veces es tan desproporcionado lo que podemos ofrecerle que nos consuela saber que en la santa Misa, con el sacerdote podemos ofrecerlo al Padre, al mismo Jesús con sus sufrimientos de inmenso valor, a los cuales se pueden unir los propios, para adorar al Padre, amarlo, alabarlo, glorificarlo dignamente, para agradecerle, pedirle gracias, pedirle adecuadamente perdón de los errores.

Decir pocas palabras, pero también -dice Jesús "orar siempre sin desanimarse" (Cf. Lc. 18, 1).

Rezar siempre. ¿Cómo podemos realizar esto? ¿Cómo hacerlo en medio de la vorágine cotidiana?

Haciendo de cada una de nuestras acciones un acto de amor a Él. Anteponiendo, si es posible, a cada acción, sobre todo a las más importantes, un "por Ti", como enseñaba un santo.

Porque "rezar siempre" no significa multiplicar los momentos de oración, sino orientar el alma y toda la vida a Dios, estudiar sólo por Él, trabajar, esforzarse, sufrir, descansar y también morir sólo por Él.

Y hacer todo lo mejor posible, conscientes de que cada acción es una prolongación de la acción creadora de Dios y redentora de Jesús para la realización de los planes de Dios sobre el mundo. Así nuestra actividad se transforma en una acción sagrada. Y ésta es la oración más adecuada a nuestra época en la que se percibe el mundo y todo el cosmos en evolución y se le recuerda al hombre su deber de "someter la Tierra" (Cf. Gn. 1,28). Y es

sobre todo rezando de este modo como ponemos en práctica el mandamiento de Jesús: "Es necesario orar siempre" (Cf. Lc. 21, 36).

Y, naturalmente, hay que rezar bien. Anteponer algunos segundos de recogimiento para tomar conciencia de ante Quién estamos. Pronunciar bien las palabras que la Iglesia nos sugiere, haciéndolas nuestras y poniendo en cada una todo el corazón.

Hablar también espontáneamente con Jesús y confiarle nuestros secretos íntimos; digámosle cuánto nos gusta amarlos, las necesidades que tenemos, cuáles son nuestras dificultades, nuestras esperanzas, nuestros proyectos.

Y recemos con fe: "Si tienen fe y no dudan, podrán decir a esta montaña: Retírate de ahí y arrójate al mar, y así lo hará" (Cf. Mt. 21, 21).

Estas son algunas ideas sobre la oración en familia. Probablemente no podremos hacerlas todas, hagamos algunas. Si no podemos reunirnos con todos los miembros de la familia para rezar, reunámonos con los que quieran. Pero la oración tiene que estar o volver a estar presente en la familia. La familia, en cuanto tal, especialmente hoy, tiene necesidad de la protección del Cielo.

Y quisiera agregar una consideración y una sugerencia.

Hoy más que nunca vivimos nuestros días estimulados por mil factores; estamos en un mundo que ofrece continuas diversiones, noticias, imágenes. La televisión, la radio, el teléfono, muchos ruidos nos aturden. Aun sin querer y a pesar de un cierto control, estamos condicionados, quien más, quien menos, por muchas voces que llegan a nuestros oídos. No podemos evitar que entren en nosotros las ideas que los medios de comunicación nos ofrecen.

Es difícil librarnos de este auténtico bombardeo. Es más fácil dejarnos subyugar, cuando no fascinar, por ellas.

¿Cómo hacer para darle espacio a la oración? Ciertamente, usando la razón y la buena voluntad reforzada por la fe, pero también siguiendo las indicaciones del Espíritu Santo, que siempre ayuda a los hombres de cada época, y que hoy sugiere justamente a los hombres de nuestro tiempo.

Estamos en una época en que la Iglesia pone de relieve la función del laico. Durante el último Sínodo fue objeto de un específico estudio y la Exhortación apostólica Christifideles laici ha comprobado que hoy el Espíritu Santo mira a los laicos con un amor especial, suscitando, por ejemplo, Movimientos con espiritualidades adecuadas a ellos. Estas

espiritualidades, para unirlos más a Dios, no los saca de sus ambientes, no les exige grandes penitencias o prolongados ayunos para garantizar una auténtica vida cristiana, sino que les hace descubrir allí donde están, en medio del mundo donde viven codo a codo con prójimos de todo tipo, el camino para llegar a Dios.

Estas espiritualidades acentúan el hecho que el corazón del cristianismo es el amor al hermano por amor a Cristo, pues en esto consiste el cumplimiento de la ley, y enseñan y estimulan este amor: a recomponerlo cuando se hubiese interrumpido, pues Dios no acepta nuestra ofrenda si nos falta este amor; a ponerlo en práctica constantemente, compartiendo con quienes encontramos en la vida, dolores, esfuerzos, ansias, preocupaciones y también alegrías. Ellas invitan a que el amor sea el porqué de la propia vida. Y éste es el prodigio divino: estos laicos comprometidos, volcados a amar todo el día al prójimo, olvidándose de sí mismos, cuando se recogen para rezar, se encuentran con Dios mismo, presente en el fondo del corazón, que los atrae a una profunda unión con Él. Y, sintiéndose amados, entablan con Él un diálogo espontáneo y amoroso. Es una experiencia maravillosa que todos pueden hacer.

Sucede como en una plantita: cuanto más penetra la raíz en el terreno, más crece en dirección al cielo. Cuanto más penetramos en el corazón del prójimo para compartir sus dolores y alegrías, más el alma se une a Dios.

¿Existen hoy en nuestra sociedad fuerzas, estímulos que nos presionan fuertemente a vivir una vida exterior, muchas veces hecha de vanidades que casi hipnotizan al hombre y paralizan la creatividad -como el pensamiento, por ejemplo-, que lo oprimen y engañan con promesas de una felicidad barata?

Existe también una fuerza interior que atrae al hombre, en lo profundo de su corazón, que lo inmuniza contra el espíritu del mundo, que lo llama a un tipo de oración especial y le ofrece una paz que el mundo no conoce, una alegría incomparable con la alegría del mundo, consolaciones que sacian.

La familia, pequeña iglesia laica, debe aprender a recorrer los nuevos caminos que el Espíritu nos indica hoy para alcanzar al Señor. Debe aprender a experimentar los efectos sublimes del amor. Por medio de ellos, cualquier oración que recite adquirirá nueva profundidad. Y así la familia será cada vez más de Dios y Él podrá realizar sus designios, como la apertura hacia otras familias, para que todas juntas constituyan una amplia familia de hijos de Dios, cuyos miembros unidos por el amor de Jesús den testimonio de cómo tendría que ser sobre esta Tierra la familia humana. (Aplausos).

Y que la Virgen, vaso insigne de devoción (oración), proteja a todas nuestras familias, las abrace con su amor de madre y las haga semejantes a la suya, la familia más santa que jamás haya existido y existirá: formada por Jesús, su hijo, y José, su esposo. (Aplausos).